

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

DOS HECHOS INEXPLICABLES Y UNO NO



Fernando Olavarría Gabler

140



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

DOS HECHOS
INEXPLICABLES
Y UNO NO

Fernando Olavarría Gabler

D O S H E C H O S I N E X P L I C A B L E S Y U N O N O

*V*iajando en el transatlántico Eugenio C, mientras disfrutaba del sol, recostado en una silla de playa situada en la cubierta, escuché interesantes relatos de tres vecinos de mi silla. Eran tan extraordinarios que no he podido olvidarlos. Uno de los vecinos era marino y contó la siguiente historia:

“Durante la Segunda Guerra Mundial, los buques que navegaban de noche y eran de una nación neutral, tenían la obligación de llevar pintada en la pared del casco la bandera de su nación y ésta era iluminada por potentes focos que señalizaban la neutralidad de la nave. De esa manera se evitaba la acción de los submarinos que estaban al acecho. Esa noche, navegábamos por el Caribe con un mar tempestuoso. Inmensas olas nos zarandeaban a su gusto porque íbamos en un buque de poco calado. Desconozco lo que sucedió pero de improviso nos quedamos a oscuras. No sé si hubo un desperfecto eléctrico en las dínamos o el capitán tuvo la idea desatinada de ordenar apagar las luces por sospechar la presencia de un submarino. El hecho es que el submarino nos torpedeó y nos hundimos. A nadie le deseo un naufragio tan terrorífico como el que nos tocó. Nos salvamos solamente tres, a bordo de una balsa salvavidas que logramos echar al agua apresuradamente.

La estadía en la balsa fue plena de sufrimientos. Un sol tropical abrasador nos secaba hasta los huesos. El calor era

insoponible y en pocos días habíamos agotado las reservas de agua. Nos íbamos a morir de sed y no de hambre. Pasaron los días y no se divisaban imágenes de nubes ni menos de lluvia. Uno de nosotros, enloquecido por la sed se lanzó al agua para refrescarse y beber agua de mar. Otro fue a salvarlo, lo rescató y lo trajo a bordo. El pobre se estaba ahogando y en esos momentos deliraba. De improviso, el que estaba más lúcido, dijo que veía una nube en el horizonte. Se aproximaba lentamente adonde estábamos y comenzó a llover pero la lluvia no caía sobre la balsa sino a algunas millas de distancia. Desesperados y ya sin fuerzas para remar nos tendimos boca abajo sobre la balsa dispuestos a morir. Toda esperanza de vida estaba perdida. El que había rescatado al compañero se había tendido cerca de la orilla y observaba la superficie del mar. Le llamó la atención que el agua estaba cambiando de color. De azul verdoso se veía ahora de un matiz pálido blanquecino y después varió a un color café con leche. Extrañado, sin poder creer lo que veía, metió un dedo en el agua, la saboreó, y un grito de asombro despertó nuestro letargo al decirnos que el agua de mar tenía un gustillo dulce. Nos erguimos y empezamos a beber. No sólo el color sino ¡el sabor era similar al café con leche!

Bebimos hasta hartarnos y llenamos con este “maná” líquido los recipientes de agua vacíos de la balsa. El color del mar había retornado a su tonalidad normal y nosotros continuamos bebiendo

D O S H E C H O S I N E X P L I C A B L E S Y U N O N O

durante varios días café con leche pero esta vez el líquido fue racionado.

No pasó mucho tiempo cuando una corriente marina nos llevó hasta las costas de Colombia y llegamos a una playa de la Guajira. Allí nos recibieron amistosamente los indígenas y nos trasladaron a la ciudad de Medellín.”

¡Asombroso! Comentamos los que habíamos escuchado el relato.

Le pregunté al narrador si había encontrado una explicación lógica a ese fenómeno y él me respondió que se había comunicado con varios centros de investigación científica y no había recibido una respuesta satisfactoria.

Algo parecido me sucedió a mí, comentó el otro vecino de mi silla, mientras paladeaba un whisky sour.

“Años atrás, cuando era joven, me enamoré y quise casarme. Inicé todos los trámites legales y religiosos correspondientes, invité a familiares y amigos, etcétera. Dentro de la lista de testigos de matrimonio olvidé incluir el nombre de un tío muy querido. Cuando lo fui a visitar, lo encontré bastante enojado, increpó mi falta y me hizo saber que no iba a asistir a la ceremonia religiosa. Después, al parecer algo arrepentido de su decisión, me dio la siguiente orden: Con la ayuda de una escala situada en el patio de su casa, debía abrir una portezuela que estaba en el cielo del repostero y que se comunicaba con el entretecho. De allí debería sacar unas copas,



D O S H E C H O S I N E X P L I C A B L E S Y U N O N O

éstas iban a ser su regalo de matrimonio. Hice lo que me había ordenado y encontré unas finas copas Baccarat de cristal tallado. Eran preciosas y lucían en la oscuridad. Saqué seis de ellas y las bajé cautelosamente teniendo especial cuidado de no quebrar su delgado cuello. Le agradecí a mi tío, que estaba enfermo en cama, y volví a mi hogar con el delicado y valioso regalo.

Me casé y pasó el tiempo. Las copas las había guardado en una vitrina que estaba en un lugar importante de mi casa.

Una noche, mientras mi mujer amamantaba a nuestro primer hijo, oí un ruido inusitado, como el choque de cristales en la vitrina. Me levanté para averiguar el origen de ese ruido, pensé que un ratón se había introducido al interior de la vitrina y esto habría causado que las copas chocaran unas con otras pero no fue así, la vitrina era casi hermética. Sí, me llamó la atención, que las copas de cristal se veían más altas, como si el fino cuello se hubiese alargado. Se sucedieron las noches y las copas se veían cada vez más altas, hasta tal extremo que no cabían en la vitrina. Tuve que sacarlas, las puse sobre la mesa del comedor, y, siguieron creciendo, todas las noches hasta llegar a la altura de aproximadamente un metro. Era tan asombroso e inexplicable este fenómeno que, con mi mujer, pensamos en llamar a un sacerdote para que las bendijera o practicara un exorcismo, pero no fue necesario. Ya las copas estaban a poca distancia del cielo del comedor cuando vino el terremoto del año 1965 y cayeron todas al suelo rompiéndose en mil pedazos.

Solamente se salvó una, porque cayó encima de una silla y no se quebró. Todavía la tengo en mi casa. Como no ha seguido creciendo y no puedo beber en ella, la tengo de adorno en un rincón del living como si fuese una lámpara de pie.”

-¡Fascinante! Exclamamos todos.

-¿Qué explicación le da a lo ocurrido?, le pregunté.

-Ninguna, me respondió.

Yo también he tenido experiencias asombrosas, dijo un tercer vecino, que era médico, pero no inexplicables como las que he oído sino más bien con una realidad científica que se evidencia en los hechos que viví. Si ustedes están cansados, yo la podría contar en otra ocasión.

-¡No! Respondimos. Estamos impacientes por escuchar su relato.

-Bien. “En aquella época yo trabajaba para una sociedad científica, cuya finalidad principal era el estudio de los animales salvajes en riesgo de extinción. Me habían encomendado que efectuara un catastro o censo de los tigres que aún quedaban en la región de Bengala, en la India. Mientras efectuaba esa labor me

D O S H E C H O S I N E X P L I C A B L E S Y U N O N O

interné en la selva casi inexplorada que colinda hacia el Norte con regiones montañosas pertenecientes al cordón del Himalaya. Sin saber cómo, me separé del grupo que me acompañaba y me extravié. Atardecía. El principal temor que tenía en esos momentos, era que me sorprendiera la noche en medio de la selva. No llevaba brújula y me orienté por las luces del atardecer que se manifestaban escasamente en algunos claros del bosque. Caminé durante algunas horas y me di cuenta de que estaba totalmente perdido sin la posibilidad de pedir ayuda. Sabía que los tigres atacan a sus víctimas por la espalda y frecuentemente giraba mi cuerpo en ciento ochenta grados para averiguar si algún felino estaba detrás de mí. El miedo me dominaba y estaba alcanzando al punto más álgido del terror.

Poco a poco la espesa vegetación fue disminuyendo delante de mis pasos y pude constatar que me estaba introduciendo en un terreno rocoso rodeado por altos acantilados. A lo lejos brillaba la luz del atardecer y eso me dio algo de seguridad al no sentirme prisionero de la tupida selva. Pero, a medida que avanzaba, me di cuenta de que la luminosidad que había interpretado como crepúsculo, no era tal, era una luz que provenía de algo que estaba frente a mí. Era como un bosque de altísimos árboles, bien separados unos de otros, que brillaban como árboles de Navidad. Pronto me di cuenta, al seguir caminando, de que no se trataba de árboles gigantescos sino de jimpontes torres o edificios de piedra o

granito! Su imagen arquitectónica era similar a la inflorescencia de la planta llamada acanto. Mostraban un eje central y de éste sobresalían perpendicularmente numerosas casas o departamentos, independientes unos de otros y cuyo extremo próximo era el único que tomaba contacto o se unía con el eje central. Estaban provistas de amplias ventanas iluminadas y el conjunto de este “bosque” de edificios o torres, brillaba con gran esplendor ¡Era un espectáculo maravilloso! Esa era la luz que yo había confundido con el atardecer.

Había caído la noche y llegué a una ciudad misteriosa sin sentir temor alguno. Los habitantes que me recibieron lo hicieron con afabilidad y su trato fue armonioso. A pesar de ser de noche, la ciudad se veía bien iluminada por las luces de las ventanas de cada departamento o casa. Me llamó la atención de algo que era sorprendente al observar a los habitantes de la ciudad; ese algo era ¡que todos sus rostros tenían un parecido asombroso, eran iguales en su físico! No solamente en sus caras sino en la totalidad de sus cuerpos. Daba la impresión de que sólo un ser humano se hubiese clonado. Me invitaron a la base de una de las torres donde había una especie de posada y en ella pude alimentarme y saciar la sed. En ese mismo lugar me alojé, pasé la noche y logró reposar mi cuerpo, bastante agotado con tantas emociones.

Al día siguiente decidí visitar la ciudad y presencié una escena donde estaban construyendo una de las torres. Observé cómo traían



en grandes carretas una arenisca que sacaban de una cantera. La mezclaban con agua y le añadían un jugo o savia que la extraían de una planta que era tratada con golpes de palos para obtener el jugo. Con esta mezcla llenaban unos moldes. Al poco rato la mezcla líquida se solidificaba y quedaba tan dura como el granito. También traían grandes peñascos que, al tomar contacto con el jugo de esa planta, se disolvían como el hielo ante el agua caliente, todo se echaba en los moldes y en muy poco tiempo la mezcla también se endurecía como si fuera de hierro. Lo más asombroso de ver era cómo unían las piezas salidas de los moldes. Bañaban con la misteriosa savia la superficie que iba tomar contacto con la otra y éstas se ablandaban quedando sólidamente unidas como si se tratara de un solo molde. Llegué a la conclusión que las magníficas torres, con sus casas, estaban constituidas de una sola pieza. Eran prácticamente indestructibles. El interior de la torre era hueco y una escalera de caracol la recorría en toda su extensión. También vi cañerías o tubos del mismo material, destinadas a llevar agua hacia arriba y hacia abajo. El agua que transitaba por las cañerías era fácil de escuchar.

Me permitieron que yo visitara una de las casas o departamentos. Caminé por la rama o galería horizontal hasta llegar al departamento. Éste estaba iluminado por gruesas velas de cera que eran los causantes de la luz que salía por las ventanas. Allí vivía

D O S H E C H O S I N E X P L I C A B L E S Y U N O N O

una familia que me acogió con la hospitalidad de siempre. La familia la constituían los dos esposos, cuatro hijos y dos parejas de gemelos. ¡Todos iguales!

Ese día regresé a la posada para alimentarme y descansar. Tuve la suerte de encontrarme con un individuo que sabía algo de inglés. Pude conversar con él y esto me aclaró algunas cosas. Me contó lo siguiente: La ciudad había sido fundada hace cuatro mil años y sus primeros habitantes tenían la característica de tener hijos gemelos; uno igual al otro. Si nacía un solo niño, se moría, al parecer por un defecto congénito que impedía su supervivencia. Los gemelos se fueron mezclando a través de los siglos hasta formar un aspecto físico idéntico hasta el día de hoy

Le pregunté cuál era el nombre de la planta cuya savia, al tomar contacto con las piedras, las disolvía. Me respondió que dicha planta crecía solamente en esa región y me dio su nombre pero era tan difícil de pronunciar que no se me quedó en la memoria. También me habló de otro tipo de planta que era útil para defenderse de los enemigos. Ellos la beben y se adormecen y nosotros tenemos la paciencia de trasladarlos dormidos, lejos de nuestro territorio. Así, nuestra ciudad permanece en total desconocimiento de su existencia.

-¿Qué brebaje le dan? ¿Produce amnesia?

-Sí. Por un buen tiempo. Después, el que lo ha bebido, cree que

lo que sucedió fue un sueño.

-¿Cuál es ese brebaje?- pregunté.

-Es la misma bebida que está en su copa.

Caí en un sopor profundo. No supe más de mí. Hasta que me vi rodeado de mi patrulla que observaba alborozada el haberme encontrado en la selva, sano y salvo sin que ningún tigre me hubiese devorado.”

-¿Usted cree que lo que nos ha contado, fue un sueño?

-Han pasado más de veinte años, y aún me sobrevienen dudas, si todo fue un sueño o realidad.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaita
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airoлга
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templo Curativo de Yi Sheng
- 122 El soldado ruso
- 123 El taco
- 124 El Vendedor ambulante
- 125 El viaje del Científico a la Isla de los Diamantes
- 126 La Dama Azul
- 127 Congrio a la corneta
- 128 El Jabalí Rinoceronte y El Palacio de Oro
- 129 El Elefante de Plata
- 130 Insólito despertar
- 131 El Gallo verde
- 132 Jack in the Box y la Diligencia Transparente
- 133 El Afilador de Cuchillos
- 134 El Ratoncito de Oro
- 135 El Molino de agua y el retrato de Cecilia Gallerani
- 136 El Árbol de Navidad
- 137 La veleta de la casa del vecino
- 138 La Granja
- 139 El marcapaso cerebral
- 140 Dos hechos inexplicables y uno no



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.